

Humoristas en El Salvador

Prólogo de un ensayo
Hugo Lindo

No voy a intentar una definición de humorismo: hay muchas; desde la que trae el Diccionario de la Academia, que poco explica, hasta la que formula cada ensayista para adaptar el concepto a su personal manera de ver las cosas. Dado que mi propósito es distinto, me conformaré con ir deslizando, cada vez que me parezca oportuno, algunos de mis puntos de vista sobre el tema, también particulares y, por cierto, discutibles.

Parto del presupuesto de que hay una noción socializada, aunque un poco amorfa, de lo que puede entenderse por humor, por humorismo y por humorista. Ese protoplasma conceptual es bastante a mis fines, y lo prefiero a cualquiera definición bien perfilada, precisamente por su flexibilidad. Si pretendo sintetizar el hacer de los humoristas salvadoreños a través de dos o tres generaciones, me resulta más conveniente un margen amplio, por cuanto hay, entre ellos, humoristas de bien diferentes tónicas y temperamentos.

Merece ya un estudio el desarrollo de la literatura humorística de El Salvador. El Siglo XIX suministra títulos y firmas de alguna valía. En lo que va corrido del siglo XX, no son muchos los autores que han mojado su pluma en tinta de regocijo, salvo en el aspecto un tanto volandero del humorismo de hoja diaria. Por el momento, sólo apuntamos el hecho de que existe una producción de esta naturaleza, y aunque la tentación de emprender un análisis documentado y sistemático nos viene asaltando desde hace varios años, lo dejaremos para más tarde... o para otro.

El sencillo gesto de señalar con el índice un tema tan preñado de sugerencias, puede ser de algún beneficio. No podemos entrar en detalle, porque la materia obliga a mucho leer y apuntar, a calar con certeza la almendra de cada intención y el matiz de cada psicología. Y, lo que es tan difícil como lo anterior, a conseguir obras, colecciones de revistas y de periódicos, que sólo con extraordinaria fortuna podrían ser encontradas y habidas. Valga esto en descargo de la superficialidad de simple inventario con que en este ensayo, que ojalá sea precursor de ese reclamado estudio, se verán aparecer figuras y datos. Será una breve revista que, aun deseando ser completa, habrá de allanarse a posibilidades limitadas.

Si algún humorista de interés se nos escapa ahora, bien hará quien lo advierta, en hacernos la pertinente observación, para incluirle en nueva

oportunidad. El caso es que por algo hay que empezar. Y esta sencilla nomenclatura de ahora, pueda que fije siquiera los jalones de un camino de investigación que más tarde sea recorrido por gente de más asiduidad e información.

Nos ha parecido oportuno dividir a los humoristas en dos rubros: los del siglo pasado y los del presente. Mas hemos de aclarar que tal división es más estética que cronológica. No se refiere a las fechas de nacimiento de los autores ni a las de edición de sus obras, sino a esa cosa tan difícil de delinear y definir que es el gusto.

Hay, indudablemente, un gusto finisecular. Hay, indudablemente un gusto de nuestros días. Y no es el menor problema de los que pudiéramos plantearnos ahora, el de discriminar con exactitud —si ello es posible— la línea divisoria entre ambas manifestaciones. Por ahora, nos dejaremos guiar por la intuición. Si cometemos más de un error, estará justificado por el hecho de ser ésta la primera vez que se intenta un esquema de esta índole entre los salvadoreños.

A mitad del camino entre los humoristas finiseculares y los de hoy, existe un grupo bastante discernible, de escritores de transición que, habiendo nacido en las postrimerías del siglo XIX, tienen en gran medida las modalidades actuales. Integra diríamos, un puente natural entre los de ayer y los de este momento, de modo que su importancia para la historia de nuestras letras, resulta innegable.

El humorismo de fin de siglo tiene, como las más ostensibles, las siguientes notas: 1.— Se encuentra muy vinculado, tanto que casi se confunde con ella, a la expresión costumbrista; 2.— Es de preocupación más urbana que campesina; 3.— Dentro de lo urbano, se nos aparece como más localista que universalista; 4.— Su intención es más de orden moral, que de índole económica o política; 5.— Su lenguaje tiende a la exageración del casticismo, y resulta, por tanto, frío y afectado.

Estas notas se dan aquí como generales: son el producto de una visión de conjunto que, como tal, hallará corroboración en una revista de los principales autores de la época, algunos de los cuales, por cierto, se exceptuarán de una o más de ellas, y hasta presentarán sus propias y personales características.

En varias ocasiones hemos señalado cómo los escritores costumbristas de la pasada centuria, deben considerarse precursores del cuento en nuestro país. No lo lograron en plenitud —al menos para los gustos que hoy rigen— pero sí abrieron las rutas por las cuales transitarían después, un después que ya es hoy, cuentistas como Salarrué, Rivas Bonilla, Rolando Velásquez y otros.

De manera análoga hemos de puntualizar hoy la abundancia de notas humorísticas contenidas en la producción de aquellos varones, a quienes cabe también estimar como precursores en este otro orden de cosas del humorismo.

El cuadro de costumbres suele englobar dos intenciones simultáneas: es documento en donde se asientan y perfilan las modalidades más características de una sociedad en un momento dado de su historia, y es también, por su llaneza y amenidad, vehículo de moralización.

En cuanto documento es, en gran medida, caricatura. Porque la manera esquemática en que se exponen virtudes y defectos sociales —defectos, sobre todo— participa de esa regocijada crueldad con que el caricaturista exagera y precisa los rasgos sobresalientes de su víctima, y deja tácito lo demás. Y en cuanto vehículo de moralización tiene, igualmente, rasgos de caricatura, porque necesita partir de lo deforme o de lo informe —diagnóstico social— acusar su existencia, antes de proponer expresa o indirectamente, una fórmula de redención. Item más: para que la cátedra velada del cuadro de costumbres tenga eficacia, no basta que el ingenio sea penetrante; es menester que el estilo se adapte a las necesidades, gustos y capacidades del ambiente, por manera que convenza, que persuada, que amenice los instantes del lector. La burla demasiado fina y sutil, no llega a la sensibilidad de las grandes masas. Este guiso literario debe, pues, prepararse con abundancia de pimienta y sal.

La vida de las postrimerías del siglo XIX se caracteriza por cierto sentido de estiramiento y de engolamiento. Con la irreverencia de los años moceriles, aludimos una vez a la “generación de la tiesura”: ahí está el bastón, rígido; el mostacho, engominado, erecto como un manubrio de bicicleta; los cuellos duros y picudos, cuellos que se llaman “de pajarita”. Los puños de las camisas, tiesos también. El sentarse a la mesa, verticalísimo, como si se pretendiera sembrar el poste de la columna vertebral en el junco de la silla. Las formas de cortesía, inflexibles. Es la época en que los niños no hablan a la mesa, porque “es de mala educación”.

Y todo eso trasciende a las letras.

La lírica viene señoreada por Juan de Dios Peza y Ramón de Campoamor, y por algunos otros poetas cuyo estilo peca de inflamación, pero se halla contenido en el corsé de una métrica sacratísima.

El humorismo, con ser lo más juguetón y travieso, también se resiente de tales rigideces. El autor no puede descender al lenguaje de la calle, de modo que el chiste debe tener un sabor casi académico. ¡Cuidado con los galicismos y otros barbarismos, que son causa eficiente de excomunión!

De ahí que los personajes de este costumbrismo humorista, y los intentos de trama que aparecen de vez en cuando, nos parezcan bastante artificiales, producto de marquetería. Con frecuencia hasta los nombres tienen el pueril propósito de personificar una virtud o un vicio: “don Avarino” es el avaro y la niña “Pura” es el ángel de candor.

Al hacerse las letras más liberales, con el siglo que corre, el humorismo abandonó el gabinete del humorista. Es decir, se tornó más real, más auténtico. Importó más el fenómeno vital que el gramatical, y más el hecho concreto que la noción abstracta. Eso también tuvo un corolario: el humorismo, predominantemente social en los costumbristas, se trocó predominantemente político. Ya no incide sólo sobre el juego, el alcoholismo, la tacañería o la sensualidad, como pecados colectivos que es necesario fustigar, sino, ahora, sobre el gasto que tal gobierno hizo para una construcción de poca importancia, o sobre las declaraciones de tal Presidente de la República, o sobre las venalidades o debilidades de un Ministro.

Así como la luz decrece en razón inversa al cuadrado de la distancia, el humor se torna más agudo y eficaz al enfocar o iluminar un solo punto de la vida colectiva, en vez de incidir sobre la superficie íntegra del fenó-

meno social. El estilo se vuelve hasta un tanto descuidado, porque, insistentemente, interesa ahora, de preferencia, el fondo. Y el humorismo se transfiere de la revista quincenal o mensual, al diario que vocean los "zipotes" por la calle.

Esta resulta ser otra nota diferencial entre el humorismo del siglo XIX y el del XX. Aquél es reposado, éste nervioso; aquél filósofo, éste beligerante. Aquél pertenece a la época de cuello duro; éste al de las camisas insolentes, detonantemente decoradas...

* * *

Pocos de los humoristas de fin de siglo dieron a conocer obra orgánica. La mayoría de ellos se dedicó a publicar colaboraciones en revistas de la época, tales como **La juventud salvadoreña**, **La Universidad** y **La Quincena**, todas las cuales tienen un empaque científico y académico.

Los temas del momento son especialmente jurídicos y biológicos: preocupan mucho la institución del jurado en materia penal y las teorías evolucionistas de Darwin: al lado de artículos de esta tesitura, algún ensayo etnográfico, alguna prosita sobre el libre albedrío y el determinismo, en torno al valor ético del trabajo o de la honradez... versos románticos y romanticoides, y, muy esporádicamente, el cuadro de costumbres o el articulillo humorístico.

Hay poco interés hacia entonces por la sistematización de nuestras letras, de modo que no es fácil encontrar esquemas biográficos ni listas bibliográficas. Es una zona en la que hemos de movernos un tanto a ciegas, guiados más por indicios y conjeturas que por datos precisos.

De las revistas mencionadas, **La Quincena** sería la más iluminadora en un ensayo como el que hoy se intenta. Por desgracia, no tenemos esa colección a la mano: aún en San Salvador es difícil encontrarla completa. Anotamos la referencia por si allá, en la patria, algún otro quisiera corregir y complementar este modesto trabajo inicial.

